

DISCURSO DE RECEPCION POR EL ACADEMICO DOCTOR MARCEL GRANIER-DOYEUX

Muchas veces, en más que variadas ocasiones, me ha correspondido ascender a esta histórica tribuna para pronunciar el discurso de recepción de un nuevo académico, tal como lo mandan las leyes, estatutos y reglamentos de las Academias Nacionales de Medicina y de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, de las que me honra ser Individuo de Número desde hace treinta y ocho años.

Hoy, por designación hecha por mi distinguido colega académico, y muy estimado amigo, el señor Presidente Gustavo Rivas Mijares, cumplo de nuevo tan grata misión. Siempre, en tales circunstancias, me he sentido abrumado y lleno de temores, ya que mis modestos merecimientos distan mucho de los que adornan a los recipiendarios a quienes he dado la bienvenida.

La presente designación me indujo a honda meditación, por tratarse de hacer el elogio de un colega que es gloria y prez de nuestra Patria venezolana, pero que además lo es de todo el mundo civilizado.

La obra de Arnaldo Gabaldón Carrillo no se limita a Venezuela; ella ha trascendido nuestras fronteras. Por ello resulta tan difícil al modesto orador que soy el insigne honor de dar hoy la bienvenida en el seno de nuestra Corporación a tan ilustre sabio.

Más que afortunadamente ha sido causa de mi osadía el hecho que, dejando a un lado los temores que me asedian, voy a dar rienda libre a cuanto brota desde lo más hondo de mi corazón, de mi respeto y de mi sincero afecto, hacia una personalidad excepcional. Decía el gran Voltaire, en su obra tan celebrada, el Edipo, que: "*L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux*". Si, en efecto, "La amistad de un gran hombre es un beneficio de los dioses".

"Gran hombre", lo es Arnaldo Gabaldón Carrillo, grande porque este apóstol de la Salud Pública ha consagrado su meritoria vida a buscar la solución de los peores males que afectan a la humanidad entera, allende los límites de su patria venezolana, y de su patria chica, Trujillo, Estado de nuestra República al que me unen tantos e indisolubles nexos!

Comenzaré por decir que debo a nuestro común maestro y mentor el profesor Enrique Tejera Guevara, el inolvidable honor de haber co-

nocido personalmente a Gabaldón; pero no puedo olvidar que también fueron mis antiguos amigos y colegas, Antonio Anzola Carrillo y Leopoldo Briceño Iragorry, de tan grata memoria, quienes contribuyeron a estrechar aún más los nexos de amistad que, por tantos años, me han unido a nuestro ilustre recipiendario. Tampoco puedo pasar por alto la influencia que ejerció otro trujillano unido por lazos de parentesco con Gabaldón, para cimentar esta amistad. Me refiero a ese auténtico académico que fue don Joaquín Gebaldón Márquez.

Gabaldón, Anzola, Carrillo, Berti, Márquez, Briceño Iragorry, Urdaneta y otros más, son patronímicos que siempre resuenan en mis oídos, en mi memoria agradecida, y que hacen vibrar las fibras más sensibles de mi corazón.

Para muchos de los vástagos de esas familias, gracias a la intervención de mis maestros siempre venerados, de mis amigos, y de muchos de mis numerosos ex alumnos, he procurado ser el representante, me atrevo a decir el "superviviente", de una especie que, por desdicha, tiende hoy a desaparecer. Me refiero a la condición de *Médico de familia*. Tal designación se aplicaba antaño no sólo al *hombre del arte*, al médico, sino que se extendía al amigo y al consejero, a quien se acudía en muchas circunstancias. Han querido los Hados benévolos que, durante el casi medio siglo dedicado al ejercicio de la profesión hipocrática, he tratado, entre otros, a diversos miembros de las familias cuyos nombres he mencionado.

Pero no son tan recientes los estrechos nexos que a ellas se unen. Por ello me permitiré abrir un breve paréntesis para recordar que fue mi abuelo materno, antiguo oficial de caballería del Ejército francés, pasado luego al servicio consular de su patria nativa, quien me comunicó sus impresiones acerca de la región trujillana. En el siglo XIX, cuando aún no existían modernas vías de comunicación, recorrió mi abuelo el territorio de nuestra joven república, en compañía de algunos amigos, a caballo, o a lomo de mulas, nuestra hermosa "Tierra de Gracia", esa tierra que él tanto amó y admiró, y en cuyo seno reposan sus restos al lado de los de mis bisabuelos, quienes hicieron de ella su segunda patria, la de su adopción.

Entre los recuerdos que me comunicó el abuelo, conservo en mi memoria cuanto me dijo de la hospitalidad que le brindaron los habitantes de esas regiones que primitivamente rindieron culto a "Chez" (el Sol) y a "Chía" (la Luna), y donde más tarde los ibéricos Diego Gar-

cía de Paredes, Francisco de Labastida y otros más fundaron ciudades bajo el signo de la Cruz.

Mas no se detienen allí los lazos que unen a mi familia a esa privilegiada región. Al efecto, me es grato recordar la amistad contraída por mi padre con numerosos hijos del mundo de Jaruma. Como si ello fuere poco, el mayor de mis hijos, y homónimo, mucho ha realizado en favor de la educación en tierra trujillana, al crear y subvencionar escuelas en esa región que, a los Granier nos es tan cara!

Ruego a mi distinguido auditorio tenga a bien perdonar estas digresiones anecdótico-familiares, pero creo que ellas son necesarias para explicar mi intervención en el acto solemne que hoy celebramos. No son mis méritos personales, por cierto muy modestos, la razón que inspiró a nuestro Presidente para elegirme, entre otros tantos colegas, para dar la bienvenida a un hijo benemérito de Trujillo.

Difícil, muy difícil, resulta el tratar de exponer en el breve lapso al que nos limita el implacable Cronos, la obra inmensa realizada por Arnoldo Gabaldón, pero voces y plumas mucho más autorizadas lo han hecho.

Entre el cúmulo de elogios justicieramente tributados a nuestro homenajeado, quiero recordar muy especialmente el "*Juicio crítico*" emitido por mi antiguo y muy querido compañero, el doctor Rafael Rísquez Iribarren, en la ocasión de la incorporación de Gabaldón a la Academia Nacional de Medicina.

Nieto de nuestro común mentor, don Francisco Antonio Rísquez, e hijo de nuestro no menos ilustre maestro, don Jesús Rafael Rísquez, mi entrañable amigo y compañero, Rafael, expuso en forma magistral, con su admirable poder de síntesis, los hitos de la imperecedera labor llevada a cabo por Arnoldo Gabaldón. Espero, y creo que con razón, mi viejo amigo Rafael no me acusará de vulgar plagiarío si yo repito muchas de las aseveraciones hechas por él en su memorable "*Juicio crítico*".

El caso es que nuestra formación tradicional, cultural, social, familiar y científica nos ha hermanado desde épocas ya algo remotas. Ambos hemos sido acuñados en el mismo molde, y por los mismos maestros.

Lamento carecer de la agresividad del verbo y de la agilidad de la

pluma que caracterizaron a nuestros ilustres mentores, dotes éstas heredadas por mi dilecto compañero y amigo desde la infancia.

El emitir un juicio acerca del trabajo de incorporación de un nuevo académico es obligación reglamentaria muy encomiable, pero considero que su cumplimiento no puede limitarse a la obra presentada con tal fin, sino que debe extenderse a una apreciación justa de la *personalidad del autor y de su trayectoria profesional*.

Por lo tanto, séame permitido dividir mi exposición en las siguientes partes:

- I.—El hombre
- II.—El higienista y sanitarista
- III.—El educador
- IV.—El académico

— I —

EL HOMBRE

El 1º de marzo de 1909 nace en la ciudad de Trujillo el niño que, al recibir las aguas lustrales, llevará el nombre de Arnoldo. Son sus progenitores don Joaquín Gabaldón y doña Virginia Carrillo, ambos pertenecientes a distinguidas familias trujillanas.

En 1924, a la edad de quince años, terminará el joven Arnoldo sus estudios secundarios, lo que le permitirá ingresar a la ilustre Universidad Central de Venezuela, para cursar estudios en la Escuela de Medicina de la Facultad de Ciencias Médicas.

La histórica casa de estudios superiores le conferirá primero el grado y título de bachiller en filosofía y, más tarde, en 1930, el título y grado de doctor en ciencias médicas, cuando apenas cuenta 21 años de edad.

Este joven borlado dista mucho de ser un simple advenedizo; él ha conquistado "por concurso" el cargo de Interno de nuestro histórico Hospital Vargas de Caracas. Además, ha sido ayudante de laboratorio de bacteriología y parasitología, en la Dirección General de Sanidad Nacional, y es autor de varios trabajos de investigación científica.

Fiel a la tradición de la época, viaja entonces a Europa. En la ciudad hanseática de Hamburgo, trabajará bajo la dirección del profe-

sor de protozoología, doctor Edward Reichenov, en ese famoso *Institut für Schiffs und Tropen-Krankheiten*, donde logrará obtener el codiciado *zeugnis* (certificado) en la especialidad de malariología.

Durante su periplo europeo, aprovechará las enseñanzas del profesor Alberto Missiroli, director de la estación experimental para la lucha antimalárica, en Roma, y las del siempre bien recordado entre nosotros, el profesor Emile Brumpt, del laboratorio de parasitología de la Facultad de Medicina de París, maestro de tantos venezolanos, cuya necrología me tocó escribir y publicar en la Gaceta Médica, órgano oficial de publicidad de la Academia Nacional de Medicina.

Fiel a una patriótica tradición, este hombre cuya vocación es la del investigador científico, no vacilará en cumplir el sagrado deber de servir en un medio rural; es así como lo vemos ejercer el cargo de "Médico de Sanidad" en el Estado Apure, a su regreso de Europa.

Cumplida su misión, marchará hacia los Estados Unidos de Norteamérica, para completar su formación de higienista y de sanitarista. La Fundación Rockefeller lo pensionará de 1933 a 1934 para estudiar en la Escuela de Higiene y Salud Pública de la Universidad "John Hopkins". De 1934 a 1936, el Ministerio de Salubridad, Agricultura y Cría, le permitirá proseguir tales estudios y completarlos con los que realizará en la División Internacional de Salud de la Fundación Rockefeller, en el Instituto Rockefeller para Investigación Médica.

En 1936 regresa a Venezuela y es nombrado Jefe de la División de Malariología, dependiente de la Dirección de Salubridad Pública del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, cargo que desempeñará hasta 1950.

Pero, en 1937, se da cuenta de que debe cumplir un nuevo deber ciudadano, como lo es el de fundar un hogar. Es entonces cuando contrae nupcias con una honorable dama, y como buen hijo de su patria chica, la escoge, mas que sabia y sensata decisión, en su propio medio social. A este respecto, prefiero ceder la palabra al propio interesado; por ello, me limitaré a repetir lo que él mismo nos dijo en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de Medicina, y cito: "...Pero no basta la formación conveniente de un hombre para la acción. Requiere él poder disfrutar de un ambiente íntimo que le sirva de solaz y de estímulo. Es aquí donde mi esposa ha jugado un papel fundamental, pues no sólo han sido su paciente ayuda y su constante aliento, lo

que me ha permitido desarrollar mis labores con fe, pasión y esperanza, sino que también ella ha proporcionado la acertada combinación genética, que me ha llevado a ser un padre feliz, lleno de orgullo de sus hijos que tan grandes satisfacciones le han proporcionado...”.

Señora María Teresa Berti de Gabaldón: Permitidme, os lo ruego, expresaros mi respetuosa admiración y deciros que comparto plenamente la opinión de vuestro ilustre consorte. Como bien lo ha dicho él, la devoción a esa noble institución que es el hogar, el amor por el trabajo, la devoción a una vida familiar entrañable, unidos a vuestras múltiples cualidades, han sido factores determinantes en la gesta brillante de Arnoldo Gabaldón.

Numerosos serán los cargos que desempeñará Gabaldón desde 1936 hasta 1959, cuando es nombrado Ministro de Sanidad y Asistencia Social, despacho éste del que será titular hasta 1964.

A partir de su separación del equipo encargado del Poder Ejecutivo en Venezuela, Gabaldón no permanecerá inactivo. Lo veremos desempeñar cargos de alta responsabilidad, tanto en Venezuela como en el exterior.

Gabaldón, “el hombre”, muestra durante su vasta trayectoria, su fidelidad al ideal expresado por Louis Pasteur, a saber: “Una vez que uno se ha *hecho* para el trabajo, no se puede vivir sin él. Es de allí que todo depende en el mundo”.

Varias veces, en nuestras conversaciones privadas, o con amigos mutuos, hemos comentado esta necesidad de trabajar. El es, ha sido, y seguirá siendo un ejemplo viviente del “trabajador” incansable.

— II —

EL HIGIENISTA Y EL SANITARISTA

Desde su adolescencia, cuando era aún estudiante de Medicina, mostró Gabaldón una gran afición por el estudio de la parasitología, pero más especialmente de los protozoos, y entre ellos, los plasmodios. Así lo expresó en carta dirigida al maestro Luis Razetti, el 27 de julio de 1929, como respuesta a la encuesta que aquel sabio polifacético hiciera entre sus alumnos sobre “¿Por qué estudió usted medicina?”.

Desde entonces Gabaldón ha dedicado la mayor parte de su fecunda vida al estudio de los protozoos, pero confiriendo una especial pre-

ferencia, como ya se ha dicho, a los plasmodios, agentes productores de la dolencia que más afligía al pueblo venezolano. De 1928 a 1930 desempeñará el modesto cargo de ayudante en el laboratorio de bacteriología y parasitología de la Dirección General de Sanidad Nacional y, de 1930 a 1932 será nombrado bacteriólogo en el mismo departamento.

En 1936 es nombrado Jefe de la División de Malariología de la Dirección de Salubridad Pública del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. Entonces se percata de que ya se habían hecho estudios importantes sobre la malaria en Venezuela. Los primeros habían sido dirigidos por el doctor Rolla B. Hill, de la Fundación Rockefeller, con la ayuda del doctor Elías Benarroch (de la primitiva Dirección General de Sanidad Nacional). A este respecto ha dicho Gabaldón: "Cuando nos adentramos al estudio de la malaria en Venezuela nos dimos cuenta de que, en efecto, era la enfermedad más formidable que había dominado la salud de nuestro pueblo...". "...En varios Estados era la dolencia que gobernaba la mortalidad general, que hacía disminuir la natalidad en los años de mayor incidencia, que debilitaba al organismo humano hasta darle apariencia de apenas un remedo de ser viviente...".

En la obra inmensa realizada por Gabaldón se destaca en primer plano su lucha antimalárica. Fueron muchos los colaboradores que tuvo entonces, pero cabe citar los nombres de Alberto J. Fernández, Arturo Luis Berti, Salvador José Carrillo, Tarsicio Anzola, Pablo Cova García, Gerardo González, Mario Montesinos, Daniel Camejo Octavio, Rafael D'León Álvarez, Luis Wannoni Lander, Simón Carbonell, Antonio Gómez Marcano, Miguel Nieto Caicedo, etc.

Desde 1929 hasta el presente, aparece Arnoldo Gabaldón como autor o coautor de cerca de doscientas publicaciones en revistas nacionales, extranjeras o internacionales.

Ha desempeñado cerca de noventa cargos en organismos nacionales o internacionales, la mayoría de ellos *ad honorem*.

Desde 1936 ha asistido en representación de nuestro país a unas ochenta reuniones internacionales, y ha dictado cerca de cincuenta conferencias en el exterior, en medios universitarios, académicos, científicos, de salud pública, etc.

Todo lo antes expuesto pone bien de manifiesto la "internacionalidad" de la personalidad de Arnoldo Gabaldón.

— III —

EL EDUCADOR

La carrera docente de Gabaldón se inicia ya en el laboratorio de bacteriología y parasitología de la antigua Dirección General de Sanidad Nacional. En esa época no poseía título docente alguno pero, privadamente, se dedicaba a instruir y formar buenos y competentes técnicos que, años más tarde, serían también pioneros en los campos de la higiene y de la salud pública.

Pero en el Instituto de Malariología de Maracay, donde logra dar muestras de su inmensa capacidad de enseñar, predicando con el ejemplo. Es en esta histórica institución donde nace lo que bien puede llamarse la "Escuela de Gabaldón", a la que acuden jóvenes venezolanos, pero también muchos que han venido desde lejanas tierras para escuchar la docta palabra del maestro. Desde la cátedra, enseña la necesidad de una cabal interpretación de la epidemiología, que reposa en los conocimientos que suministran la biología y la ecología muy especialmente.

Su labor pedagógica se extiende y se multiplica en congresos, cursos y seminarios, en Venezuela y en numerosos países, donde sus sabias enseñanzas son acogidas con fervor y entusiasmo. En 1982, publicará una obra que lleva por título "La enfermedad latinoamericana de la Educación Superior", en cuyo prólogo, nuestro común amigo, colega y ex alumno, el profesor Luis Manuel Peñalver, expresa: "No debe ser motivo de extrañeza que Arnoldo Gabaldón, en su fecunda madurez y después de haber vivido, con la pasión firme, reflexiva, y el empecinado tesón —rasgos tan suyos— toda una vida dedicada con éxitos relevantes a la salud pública, incursione hoy en el asimismo complejo y difícil campo de la educación, de esta manera formal y sistemática, con este libro que, seguramente, señalará hitos y que suscitará interesantes polémicas. Como observador sensible y sagaz y como venezolano de preocupación inagotable, había escrito ya, con cierta frecuencia, sobre aspectos del tema educativo, especialmente el universitario; pero tiene que complacer a quienes consideramos la Educación como uno de los problemas cruciales del país...".

Dejemos ahora que el mismo Gabaldón opine acerca de esta enfermedad latinoamericana de la Educación Superior: "Ha llegado la hora

en que la educación podría salvarnos, pero como la educación superior es la que en verdad orienta y dirige, al observar la forma errónea en que se está administrando en Venezuela y en las demás repúblicas de América Latina, pienso que existe la posibilidad de FINALMENTE, si no corregimos el rumbo que se lleva, ella puede terminar por destruirnos. Ese es probablemente el más grande reto que nos proporciona la historia en el presente. ¿Cuál habrá de ser nuestra respuesta?"

— IV —

EL ACADEMICO

Pertenece Gabaldón a cincuenta Sociedades y Asociaciones científicas y, entre ellas a ocho Academias nacionales o extranjeras. La Academia Nacional de Medicina y la de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales de Venezuela, lo contaron entre sus Miembros Correspondientes Nacionales, pero más tarde, ya residenciado en Caracas, lo eligieron Individuo de Número.

Para dar cumplimiento a lo pautado en el artículo 5 del Reglamento de la Academia, el Presidente tuvo a bien designar a los Individuos de Número, doctores Pablo Anduze, Luis Wannoni Lander y a quien os habla, para formar el jurado que había de conocer el Trabajo de Incorporación presentado por el Individuo de Número-electo, doctor Arnoldo Gabaldón Carrillo. Dicho trabajo lleva por título: "MALARIA AVIARIA EN UN PAIS DE LA REGION NEOTROPICAL: VENEZUELA", y fue aceptado por unanimidad, según comunicación hecha al efecto por los tres miembros del jurado, dirigida al Presidente de la Academia. Se trata de una nueva, muy importante y valiosísima contribución a la bibliografía científica, pero no podía esperarse menos de su ilustre autor.

En su debida oportunidad, los miembros del jurado comunicaron a la Academia su opinión acerca del antes mencionado trabajo. Huelga en esta solemne sesión de hoy, repetir el juicio crítico emitido al respecto. Muchas horas nos llevaría repetirlo, pero no me atrevería yo a un abuso de la benevolencia de este distinguido y culto auditorio, al pretender exponer todo cuanto la lectura del texto redactado por el recipiendario ha suscitado en nuestras mentes. Por ello, me limitaré, tras haber esbozado a grandes rasgos la trayectoria de Gabaldón, a la afirmación de cuán honrada se siente nuestra Academia de recibirle hoy en su seno.

Los familiares, los amigos, los discípulos de tan insigne maestro nos sentimos embargados de un justo orgullo al ver así premiada su labor. No obstante, en medio de tan justificado regocijo, todos nosotros lamentamos profundamente que no se encuentre entre nosotros la presencia de nuestro más que ilustre colega académico, y maestro como hay pocos, me refiero a don Enrique Tejera Guevara. Imagino cuánto habría gozado él al ver a su discípulo, el preferido, ocupar hoy este sillón número XXX de nuestra ilustre y meritoria corporación. Es con justificado orgullo que recuerdo en este día lo que ese gran maestro, a quien me unieron tantos nexos de amistad, tuvo a bien expresarme cuando me dijo que iba yo, por su mediación, a conocer personalmente a aquel que siempre consideró él como el más privilegiado de sus discípulos, ese joven Arnoldo Gabaldón, promesa más que cumplida y realizada de los anhelos de un hombre que tanto ha significado en la historia de la Ciencia vernácula. Por muchos años trabajé junto a tan ilustre mentor, a quien tanto debo, pero entre lo mucho que tengo que agradecerle, es el hecho de haber establecido ese contacto, ese nexo, con un colega a quien profeso, tan justificadamente, una muy profunda admiración.

Por todas estas razones, deseo hoy agradecer al señor Presidente y a mis honorables colegas académicos, el honor que han tenido conferirme al designarme para pronunciar este discurso. Ha sido para el muy modesto médico que soy motivo de inmensa complacencia y de muy justificado orgullo el dar hoy la bienvenida a tan ilustre ciudadano.

Profesor y doctor Arnoldo Gabaldón Carrillo, franquee hoy usted las puertas que tan ampliamente se os abren, para ingresar a una muy ilustre corporación, templo de las Ciencias nacionales. ¡Seáis el bienvenido!